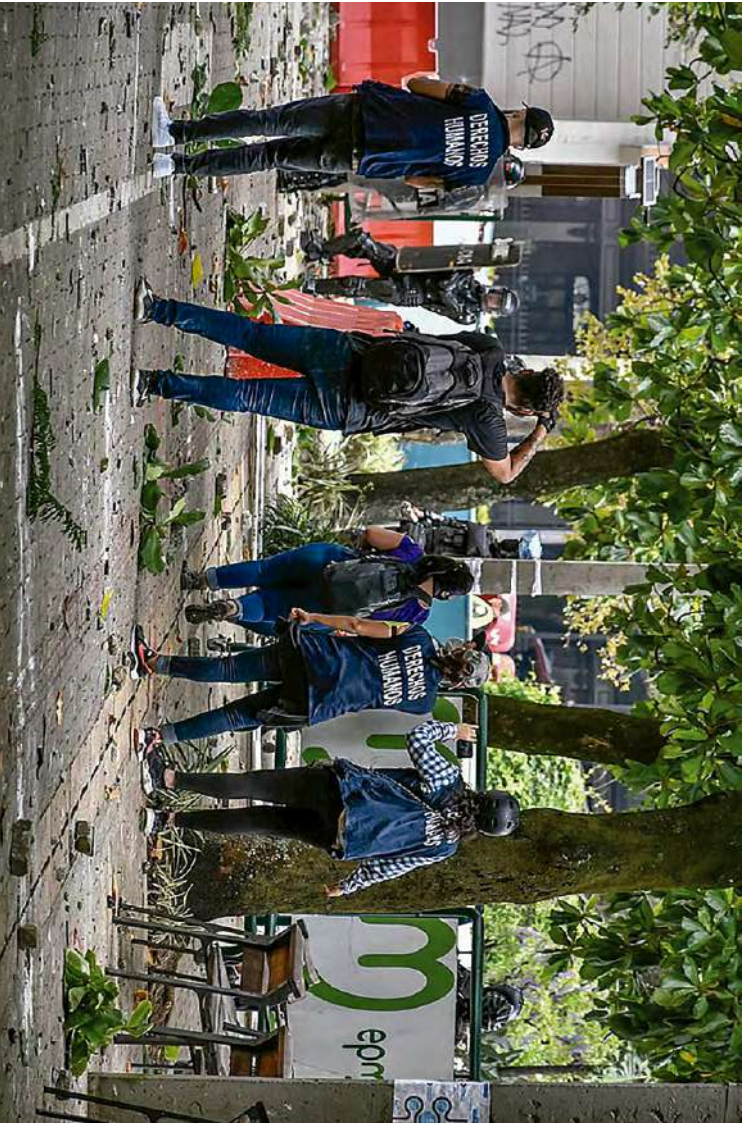


¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

COLOMBIA



La protesta generalizada, la represión policial, el vandalismo y una pobre respuesta por parte del poder han caracterizado las últimas semanas marcadas por el denominado "paro nacional", pero sin embargo la calle sigue marcando el ritmo de la agenda política y, seguramente, determinará, en buena parte, lo que ocurra en las elecciones del próximo año, donde los sondeos señalan un previsible triunfo de la izquierda.

Texto / Ricardo Argüeso

Los doscientos años de dominio de la dinastía Durani en Afganistán concluyeron con el golpe de Estado de 1973, en que el rey Zahir Shah, que había gobernado desde 1933, fue derrocado por su primo y cuñado Sardar Mohammed Daud, apoyado principalmente por los dos partidos comunistas que había en el país y por otros grupos sociales y políticos, constituyendo un régimen republicano y presidencialista en el país.

Culpar a una supuesta conspiración exterior o a una estrategia izquierdista para acabar con el país de lo que ha pasado en las calles colombianas en las últimas semanas es una simplista interesada que recurre a mucho a la "conspiración judeomasonica" a la que el dictador Franco achacaba todos los males de España. Colombia está que arde porque los jóvenes ya están cansados de esperar en la cola de la historia y se hacen protagonistas en las calles, así sea empujando la bandera de la violencia. Luego, la represión por parte del Estado, brutal y despiadada, ya ha sido condenada por numerosas organizaciones internacionales e instituciones, incluyendo a las Naciones Unidas y a la Unión Europea.

La primera gran cuestión que tendríamos que plantearnos, viendo esos miles de jóvenes casi salidos de la pubertad en las calles y plazas colombianas, es qué les ofrece Colombia y la respuesta es demole-dora, nada. Sin derecho a la educación, pues es algo que tan solo pertenece a las clases más pudientes y adineradas, sin trabajo, con altas expectativas de vida, sin ingresos económicos, sin vivienda y condenados para el resto de sus vidas a una miseria permanente, que acabará degenerando en la pobreza extrema seguramente, los jóvenes de Colombia tienen ante sí un escenario oscuro, sombrío y más plagado de incertidumbres que de certezas.

Lo que este país puede ofrecerles hoy, digámoslo de una forma suave, es más bien poco o nada, solamente un destierro existencial plagado de miseria y vida paupérrima. Y también hambre: 1.700.000 familias colombianas, según el ente maquilador del régimen, el DANIE, no hacen las tres comidas al día.

Condenados a vagar por las calles sin rumbo, abandonados por un Estado que solamente es un cascarrón vacío cargado de retórica pero sin contenidos sociales concretos, y dejados a su libre albedrío para que el mercado acabe reglando sus vidas

de la más injusta de las formas posibles, la rabia de estos millones de jóvenes que ahora se manifiestan en las calles solamente puede degenerar en violencia ante una casta social, política y económica que abiertamente los desprecia, ignora y los condena a la más rotunda de las marginaciones en sus propias carnes. ¿Que más pueden hacer que manifestarse en las calles y responder con la violencia a la fuerza bruta de una historia que desde hace dos siglos se empeña en excluirlos, explotarlos e ignorarlos?

CRISIS DEL SISTEMA POLÍTICO COLOMBIANO

La violencia que ha estallado en estos días en Colombia tiene mucho que ver la frustración, la marginación y el abandono de millones de estos jóvenes condenados por un sistema demencial a la pobreza de por vida y a la falta de expectativas en todos los órdenes de su existencia, algo que se transmite de generación en generación sin posibilidad de ascenso porque en este país no hay movilidad social a merced de uno de los sistemas educativos más injustos del mundo. Aquí, en este país, solamente estudian los ricos y la élite dominante se perpetúa así desde hace décadas porque las posibilidades de ascenso social de los más vulnerables son nulas. Al pobre el único recurso que le queda es salir al extranjero e irse a limpiar platos a París, Miami o Madrid, donde podrá obtener un sueldo mínimo que le permita malvivir en ese mundo capitalista tan denostado, y a la vez van querido, por cierta izquierda crítica e hipócrita, tal como sabemos todos.

No se trata ya de empujar la esteril retórica de que Colombia es una democracia y las instituciones políticas funcionan, pues no es cierto y la clase dominante lo sabe muy bien, pues gozan de todos los privilegios y, por supuesto, no quieren compartirllos con

LA PRIMERA GRAN CUESTIÓN QUE TENDRÍAMOS QUE PLANTEARNOS, VIENDO ESOS MILES DE JÓVENES CASI SALIDOS DE LA PUBERTAD EN LAS CALLES Y PLAZAS COLOMBIANAS, ES QUÉ LES OFERCE COLOMBIA Y LA RESPUESTA ES DEMOLEDORA: NADA

EN ESTE PAÍS, SOLAMENTE ESTUDIAN LOS RICOS Y LA ELITE DOMINANTE SE PERPETÚA ASÍ DESDE HACÉ DÉCADAS PORQUE LAS POSIBILIDADES DE ASCENSO SOCIAL DE LOS MAS VULNERABLES SON NULAS, AL POBRE EL ÚNICO RECURSO QUE LE QUEDA ES SALIR AL EXTRANJERO E IRSE A LIMPIAR PLATOS A PARÍS, MIAMI O MADRID



madre. La democracia colombiana ha sido reducida por la élite gobernante a ser un mero decorado de cartón piedra en que la gente vota cada cuatro años para dar

la apariencia democrática al sistema, pero una democracia no es solo eso, sino que constituye un sistema político de pesos y contrapesos, de elementos que garantizan derechos y libertades fundamentales para todos los ciudadanos y de unas mínimas normas de orden social para dar equilibrio al mismo sistema que aquí no existen.

Una democracia que no es capaz de garantizar los derechos fundamentales de la salud y la educación, como ocurre en Colombia, es una democracia tullida. Una democracia absolutamente corrompida, en la que casi todos los cargos políticos utilizan al Estado para enriquecerse sin ningún pudor tal como lo padecemos ahora, y donde el sistema judicial está intrínsecamente podrido, tal como sabe todo el mundo, no es una democracia, es una caricatura en sí misma como un espejo de esos invertidos en el que al reflejarnos en el mismo nos transmite nuestra propia imagen deformada, cómica y ridícula.

FAULTA DE LIDERAZGO DEL PRESIDENTE IVÁN DUCQUE

En primer lugar, el presidente Iván Duque tiene que bajar a la calle hablar con la gente, codearse de tú a tú con los vecinos de los barrios pobres, dejar a los guardespaldas en casa y patear las calles, conocer los problemas de los ciudadanos de a pie, no que le los cuenten, y conocer la realidad de sus ciudades y pueblos. Al parecer, el presidente Duque cuando hace la compra va

acompañado por decenas de guardespaldas y escoltas, vacía los supermercados para no toparse con la gente y nunca pasa por ningún sitio ni habla con nadie, es un perfecto desconocido en su país y de su país. Salga a la calle, presidente, y comportese como un ciudadano más, abandone esa máscara, distante y fría y verá que a lo mejor las cosas comienzan a mejorar por sí solas sin necesidad de tanto accesorio de salón.

Como segundo elemento que explica su fracaso es su estrategia mediática, articularla y vertebrada en esa vomitiva intervención televisiva diaria en el programa *Previsión y acción*, alarde de propaganda barata que provoca nauseas a millones de colombianos y que no ha conseguido, en términos de popularidad, levantar la maltrata imagen presidencial. Como señalaba el periodista Santiago Torrado, durante la fase más aguda de la crisis, el mandatario colombiano, de corte conservador, comunicó mucho pero no mostraba acciones concretas. Más que un escenario de rendición de cuentas, su programa es siente como un monólogo. Desde luego, pero un monólogo soportífero, repetitivo, simple y pueril.

Luego la saturación televisiva, como señalaba el diario español *El País*, puede llegar a ser contraproducente: "cuando un presidente habla todos los días, como lo está haciendo Duque, genera varias consecuencias nefastas para él en términos de imagen": apunja Brigitte Richard, docente experta en comunicación y marketing político de la Universidad Externado de Colombia. Las intervenciones de un mandatario deben mantener cierta aura y solemnidad, señala, estar reservadas a grandes momentos en los que hay que convocar a la nación. Esta saturación del espacio mediático hace que la

palabra presidencial pierda su importancia. Y eso es grave en términos de reputación".

En política, además, hacen falta los buenos escuderos, algo que se echa en falta en este ejecutivo. Los ministros de Duque son unos perfectos desconocidos, porque muchos nombramientos no se hicieron atendiendo a criterios de profesionalidad, sino más bien a cuotas políticas y a la cercanía con el presidente, que se ha llevado a su administración a numerosos cuatros y amigos de su antigua universidad, la Sergio Arboleda.

Si se hiciera un estudio de mercado sobre qué ministros conocen los colombianos y a cuántos podrían nombrar, el presidente podría saber de primera mano a que grado de irrelevancia y desconocimiento ha llegado su equipo de gobierno. Este tercer elemento que explica la impopularidad de Duque tiene mucho que ver con la ausencia de un liderazgo sólido, con autoridad política y moral. Y a la falta de un verdadero equipo profesional, ándaz y con capacidad política para ponerle pasión a la resolución de la crisis.

Esa falta de equipo, de hombres capaces, alrededor del presidente, le llevó a Duque a tomar decisiones erróneas, como la famosa reforma tributaria del delencrado Carraquilla, el hombre que no sabía el precio de un huevo en Colombia. "Pues se necesita una inconsciencia muy particular, una desconexión con la realidad muy aguda, para encontrarse así, en medio de una crisis de salud que ha matado a 70.000 personas, y proponer un impuesto del 19% a los servicios funerarios", escribía en un periódico español el escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez.

Medio millón de negocios han cerrado. La pobreza aumentó en 6,8%, y ya supera al 42% de la población. Hemos perdido quizá una década y los datos económicos, en general, son los peores de la historia desde que se tienen datos en el país. El desempleo se ha convertido en algo generalizado entre los más jóvenes, que ven como sus expectativas ante el futuro más próximo son nulas y quizá solamente les quede abierta la puerta de la

emigración. Esos millones de jóvenes, abandonados durante décadas por sucesivos gobiernos, son ahora el germen de las protestas que vemos en nuestras ciudades y pueblos.

Lo sorprendente no es que estas manifestaciones y marchas hayan surgido casi como un rayo inesperado, sino que haya todavía gente, sobre todo en la élite política y económica colombiana, que se sorprenda de que la gente proteste y esté masivamente insatisfecha. Eso revela la desconexión entre el país real y nuestra élite, que vive realmente en otra galaxia, y que se está revelando como absolutamente incompetente, incluido su presidente, para sacarnos del agujero en que nos encontramos. Que Dios nos coja confesados.

Quizá, como señalaba un columnista colombiano, es hora de aceptar que el camino para salir de la actual crisis es adentrarnos en el desastre para que, desde el mismo, podamos ser capaces de posibilitar un cambio. No cabe duda que Duque y sus ministros, que no tienen capacidad de comitencia, por que no entienden nada de nada y ni siquiera saben lo que vale un huevo en su país, nos llevan directamente a ese abismo. "Habrá quien piense que tal o cual candidato es la solución, a mí no me pasa. Por activa o por pasiva, cualquiera es el camino al desastre, el cual no es solo inevitable, sino necesario. Así quedemos peor que Venezuela y se nos arruine el resto de nuestras vidas, las generaciones futuras sabrán agradecer nuestro sacrificio. Levamos años aplazando la catástrofe, el verdadero colapso del país, sobreviviendo con el agua al cuello y salvándonos milagrosamente al final. Pero no se puede estar así eternamente, que esa no es manera de vivir. Creo que ya viene siendo hora de abogarnos", señalaba Adolfo Zablth Durán en una columna. Situados en su ignorancia, indolencia, petulantía manifiesta y arrogancia, los actuales gobernantes colombianos nos llevan irremediablemente hacia ese abismo y no se ve salida en el corto plazo. Que Dios nos coja confesados, el harco se hunde irremediablemente y nadie sabe hacia dónde vamos. ☹

UNA DEMOCRACIA QUE NO ES CAPAZ DE GARANTIZAR LOS DERECHOS FUNDAMENTALES DE LA SALUD Y LA EDUCACIÓN, COMO OCURRE EN COLOMBIA, ES UNA DEMOCRACIA TULLIDA. UNA DEMOCRACIA ABSOLUTAMENTE CORROMPIDA, EN LA QUE CASTODOS LOS CARGOS POLÍTICOS UTILIZAN AL ESTADO PARA ENRIQUECERSE SIN NINGÚN PUDOR